



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá

Un sueño marcial

Caía lentamente la tarde, entre cuyas sombras el silencio del campo se transfundía en las almas como una inefable emoción de la naturaleza. En el corredor de la casa, mis abuelos maternos endulzaban la tristeza que los agobiaba en la contemplación callada y profunda del sereno paisaje, mientras las tres niñas, sus hijitas, jugaban en derredor entre las plantas cuajadas de flores.

Ante la mirada, campo abierto festonado allá por grupos de árboles y almenado a lo lejos, por una serranía. Por momentos, un peón de la estancia cruzaba por delante de la casa al trote lento de su caballo, cumpliendo una última diligencia de la laboriosa jornada, y el canto o el silbido de sus labios ponía en la quietud circundante una melancólica armonía de música nativa. En los corrales próximos a la vivienda, las mujeres encargadas de las lecheras encerraban a éstas y a los terneros, mientras que en los potreros distantes los toros parecían despedir al día con sus últimos mugidos.

Interrumpiendo el silencio en que la íntima inquietud [68] se esforzaba por sosegar, habló la esposa:

-Hoy no hemos recibido noticias de Asunción...

Mi abuelo, don Pedro Carísimo Jovellanos, tardó en contestar. Cuando lo hizo, sus palabras se eslabonaron despaciosamente, en una dolorosa dificultad de emisión.

-Son tan malas las que aguardo, que no me aflige su demora. Ya llegarán, Carlota.

Y puestos ante el tema afligente, marido y mujer hablaron ya, sintiendo la necesidad de dar cara a la borrasca cuyos primeros aletazos llegaron hasta la escondida paz de su casa de campo.

-La guerra es un hecho. El jefe de Acahay ha recibido ya orden de despachar a Cerro León a todos los hombres capaces para las armas, así como de requisar las caballadas. Al darme este aviso ha quedado en prevenirme para que yo baje a Asunción cuando sea ello necesario.

Un nudo de angustia aprisionó en la garganta las palabras del abuelo. La abuela echó a sollozar con el rostro oculto entre las manos. Las tres niñas, ante las sombras de la noche que ya se espesaban en el corredor, se acurrucaron en el regazo materno, como polluelos bajo el ala abierta en prodigalidad de ternura, de defensa y de abrigo.

Un galope llamó la atención del grupo familiar. Minutos después, un jinete echaba pie a tierra junto a la gradería del corredor de la casa. Un vigoroso «Ave María» seguido de un «buenas noches», largamente cadencioso, y luego, un recio rumor de espuelas y de sable. Era el sargento Molas. [69]

La ansiedad no dio lugar a responder a la salutación.

-¿Qué hay, Molas?

El soldado contestó en seguida:

-El señor Jefe mándame a decirle que debe partir mañana al amanecer para Asunción. Es el aviso que tiene de su casa.

Pasada la fugaz distracción que les produjera la presencia del soldado, las tres niñas. De Jesús, Lola y Clementina, se habían dormido en el regazo materno, hechas las tres un ovillo entre los brazos que amorosamente las enlazaba. El sargento montó a caballo y partió al galope, con un ruido de sable entre el rítmico sonar de los cascos. En silencio, el abuelo tomó a una de las niñas en brazos, llamó a una criada para que cargase con otra, hizo lo mismo la abuela con la tercera y el grupo se encaminó al dormitorio para acostar a las pequeñas.

¡Sueño de la inocencia! Una tras otra las besó a todas el padre, con un beso interminable en cuya desesperada ternura debió de sentir que se fundía su alma como en un crisol. Cuando despertasen, el progenitor ya no estaría en el hogar, y nunca, nunca, volverían a verle...

Mucho antes del alba, después de una noche de torturante insomnio, los esposos estaban ya levantados. Ella preparaba las cosas que el esposo había de llevar; él ordenaba los papeles o dictaba las recomendaciones previsoras para que nada sufriera trastorno en el hogar.

Al pie de la gradería aguardaba el caballo ensillado. [70] Una criada iba y venía con el mate, enjugándose las lágrimas. Las demás sirvientas se apiñaban junto a las habitaciones para despedir al amo.

En silencio diole la abuela el abrazo último, hundiendo la cabeza en el pecho varonil, como si quisiera captar y retener los latidos del corazón amado. Un adiós a la conmovida servidumbre, una mirada amplia como un abrazo a la casa, la que se inmobilizó largamente en la pieza donde dormían las pequeñas, un restallante golpe de lonja sobre el flanco del caballo y un galope largo...

Mi abuelo corría por el campo, envuelto en las primeras claridades indecisas del alba, rumbo a la ciudad nativa. Castigaba al montado con nervioso ímpetu de ganar distancia y de aturdirse con el galope, mientras su imaginación fluctuaba entre el hogar que dejaba atrás y la guerra hacia cuya vorágine marchaba.

En el viejo caserón paterno de la calle de la Ribera -hoy calle Benjamín Constant-, cuya histórica estructura veo resurgir de entre sus ruinas, esperaban al joven conscripto que volvía a su amada ciudad para engrosar el batallón 40, en el que la florida⁽⁹⁾ juventud asuncena había de cubrirse de gloria haciendo célebre ese número en los fastos de la guerra. Pocas horas pudo quedar el soldado en el viejo solar de sus mayores. En el cuartel de San Francisco, frontero de la que hoy es Plaza Uruguaya, le esperaba su puesto y allá corrió presuroso y poseído ya del entusiasmo bélico que estremecía a todo el pueblo. [71]

Entre los viejos papeles familiares, patinados de amarillo por los años, la carta del abuelo aprisiona mis miradas entre sus renglones trazados con mano vacilante en un fugaz momento de reposo, en vísperas de marchar al sur, al sangriento escenario de la guerra. Recomendaciones prolijas, dictadas por su paternal solicitud y referentes a las cosas del hogar. El ambiente guerrero del cuartel se refleja en la viril sobriedad de la ternura que emana de la epístola. Y después de tales recomendaciones, el soldado bosqueja su sueño bélico, el sueño que hace delirar a todo su batallón, el 40 famoso, y a todo el ejército impaciente por llevar a sus labios el cáliz de gloria de los más grandes sacrificios por su bandera.

Dice el abuelo a su esposa, en la misiva que leo a través de las nieblas de mis lágrimas:

«Estoy bien y aun que no me consuelo de haberlos dejado, no te oculto, mi Carlota, mi entusiasmo. Vamos a marchar enseguida sobre Buenos Aires y luego sobre Río de Janeiro para imponer allí la paz. Tengo confianza en volver a abrazarlos con el orgullo de haber cumplido con mi deber».

¡Delirios, delirios santos, aunque ingenuos, del patriotismo! ¡Líneas que en su sencillez, escritas como fueron para ser leídas entre lágrimas por una esposa desolada, traen una vibración del temple legendario de la patria vieja y de la vieja generación que por ella se inmoló!

Y marchó el 40, todo él formado por la brillante juventud de Asunción. Peleó con denuedo. Pagó copiosamente [72] su tributo de sangre y de vidas a la Patria. Llegó el día de Estero Bellaco. Dura fue la pelea. Allí le tocó sucumbir al abuelo, a cuyo lado por

una singular combinación del destino, cayó también mi abuelo paterno, envueltos los dos en el mismo torbellino de la pelea.

Entretanto, en la casa de campo la joven esposa consolaba tal vez a sus tres hijitas de la ausencia del padre, leyéndoles cada día la fabulosa carta en que el patriotismo sediento de gloria desvariaba: «Marcharemos sobre Buenos Aires y luego sobre Río de Janeiro...»

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

